



E L D U E N D E V E R D E

MONTES, PÁJAROS Y AMIGOS

Montserrat del Amo

Ilustración: Luis García



ANAYA

1

PEDRO CHICO

OCTAVO. Último curso. A medida que avanza la primavera surge, cada vez con más frecuencia, esta pregunta:

—Y tú ¿qué quieres ser de mayor?

Los hay que lo tienen muy claro:

—Mecánico.

—Enfermera.

—Agricultor.

Algunos dudan todavía.

—No sé.

Otros cambian de idea a cada instante:

—Camionero, ¡no! Albañil. O mejor, carpintero. O tractorista. Claro que también me gustaría ser...

Hay algunos que apuntan muy alto:



—¿Yo? Astronauta.

—¡Anda ya! Que te lo estoy preguntando en serio.

—Y en serio te respondo. Como querer, querer..., astronauta. Después, ya veremos.

Camino sorprende a todos diciendo que maestra y, más aún, poniéndose a estudiar como nunca lo hiciera.

Pedro Chico ha permanecido silencioso, dando la callada por respuesta.

Su madre está cansada de preguntárselo. Sueña para él las más brillantes carreras y ha contado mil veces sus sueños a las vecinas:

—El chico es listo. Puede llegar a donde se proponga. Y como no le han de faltar medios...

Por eso causa sensación cuando una noche, después de la cena, Pedro Chico anuncia de pronto:

—He pensado subir este verano al monte.

—¿Al monte? —salta su madre, sobresaltada—. ¿Y qué se te ha perdido a ti allá arriba?

—Como seré pastor...

Madre no le deja terminar la frase:

—¿Y quién te ha dicho a ti que tengas que ser pastor necesariamente?

—Nadie. Yo que lo he pensado —responde Pedro Chico.

—Pues ya puedes ir sacándote esa idea de la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque tu padre se fue lejos a ganar unas pesetas precisamente para que tú no tengas que pasarte la vida detrás de las ovejas.

—¡Pero si a mí me gusta!

—Hay gustos que merecen palos —murmura la madre, bajito, porque está el abuelo delante y no quiere ofenderle.

—Yo había pensado subir este verano al monte, con el rebaño... —insiste Pedro Chico.

—¡Ni por soñación! Que esa es una vida muy dura y yo no quiero que tú pases tantos trabajos, que todavía eres un niño y...

—¿Un niño? ¿Con catorce años? ¿Cuántos tenía el abuelo cuando entró de zagal? Abuelo, díselo tú mismo.

Pero el abuelo prefiere quedarse al margen y

se hace el desentendido simulando estar absorto en la difícil tarea de encender un cigarrillo.

Pedro Chico se responde a sí mismo:

—¡Siete años! Yo, el doble. ¿Aún te sigo pareciendo un niño?

El abuelo recuerda: «¡Siete años! Ya va para setenta desde aquel día en que me eché el zurron al hombro y...».

Pero no expresa en voz alta sus pensamientos, porque Pedro Chico ya sabe la historia, y su nuera está cansada de escucharla. Ante el silencio del abuelo siguen discutiendo entre ellos.

—Eran otros tiempos
—insiste madre—.

Apretaba la necesidad y no quedaba otro remedio. Pero hoy es distinto. Tú puedes elegir.

—Ya he elegido —insiste Pedro Chico.



Madre se calla lo que piensa del oficio porque está el abuelo delante y porque sabe que su marido seguirá en lo mismo cuando vuelva, si es que vuelve, pues últimamente no responde a las cartas.

Pero ella ha soñado un futuro muy distinto para su hijo y se resiste a despertar tan pronto. Dándole largas, mandándole a estudiar a la ciudad, puede que Pedro Chico llegue a olvidarse de lo que ahora piensa.

Madre cambia de tono y continúa, conciliadora:

—No corre tanta prisa. Tiempo habrá de decidir más adelante lo que sea mejor para ti. Ahora, lo único que tienes que hacer es acudir a la escuela y seguir estudiando.

—¡Madre! ¡Que las clases terminan el sábado! —protesta Pedro Chico.

Madre le interrumpe.

—Y más adelante, ya se verá...

—¡Eso, sí! —replica Pedro Chico decidido—. Ya lo verás: seré pastor. ¡Quiero que dejen de llamarme en el pueblo Pedro Chico!

Y que empiecen a llamarme Pedro Pastor, como al abuelo.

El abuelo apura el cigarro, satisfecho. Sigue devanando la madeja de sus pensamientos.

¡Pastor! Bueno. Pero no como él, que bien poco ha cambiado su vida en tantos años de ir detrás del rebaño. Cierto que ahora tiene un transistor que le hace más soportable la soledad y que cuenta como propias en el rebaño medio centenar de ovejas, pero el uno y las otras fueron comprados con dineros que llegaron de fuera.

En algo sí que tiene razón su nuera: estos son otros tiempos. Modos nuevos de ser pastor se habrán inventado por esos mundos, menos duros y más productivos, que Pedro Chico tendrá que aprender.

El verano en el monte no le vendrá mal como experiencia.

Tiene que ser este. No sea que el próximo Pedro Pastor se sienta ya demasiado viejo y no pueda subir al monte para enseñarle a Pedro Chico lo que los libros no cuentan.

Decidido, interviene al fin. Dice, dirigiéndose a su nieto:

—¿Has dicho que el sábado termina la escuela? Pues prepara la manta, zagal, que el domingo dormiremos al raso.

Pedro Chico responde ilusionado:

—Hace mucho que la tengo preparada, abuelo. Estoy dispuesto.